



# ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



## TRES HUMANISTAS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI FRENTE A LA MEDICINA

por

AGUSTIN GONZALEZ DE AMEZUA

De las Reales Academias Española y de la Historia.

Entre los muchos capítulos que están aún por escribir de la historia de la Medicina en España durante los pasados siglos, uno de los más curiosos e interesantes es, a no dudarlo, el relativo al concepto o estimación en que se tuvo al arte de Esculapio por los escritores no profesionales y literatos. El campo de este estudio es vastísimo, pues raro fué el autor, prosista o poeta que, ora de intento, ora de pasada, dejase de proferir su opinión personal sobre los médicos, bien para alabarlos, bien para zaherirlos, según les dictaban sus personales teorías o el mal recuerdo que les hubiera dejado cualquier galeno imperito o codicioso. Singularmente los poetas, dieron en los médicos de antaño, alborozadamente, como en real de enemigos; y muy divertida sería, a la verdad, la antología que se formase con las numerosísimas composiciones satíricas y jocosas que se escribieron en burla, zumba y risa suya. No hubo en el Siglo de Oro de nuestras letras y hasta fines del XVIII ninguna otra profesión liberal que fuese objeto de tantos y tan porfiados vituperios, y en el triste privilegio de ser vapuleados por nuestros escritores costumbristas solamente ganaron a los médicos los sastres y alfayates, oficio que atraía también la indignación satírica con no menor saña y violencia.

Mas, junto a esta fase de la literatura amena anti-médica, había otra más grave y formal, la de los escritores que podríamos llamar ensayistas, los cuales, dejando de lado burlas e ironías, como cosa indigna de su prosopopeya e importancia, trataron también del valor de la Medicina y de la estimación que debía darse tanto a la ciencia en sí misma como a sus profesionales seguidores.

El tema, repito, es abundantísimo y proporcionaría materia sobrada para llenar un voluminoso libro. Mas para contraerle ahora a los naturales límites de un artículo, que lo desbroce y abra a la vez el camino a otros críticos más doctos que yo, sacaré tan sólo en este mío a tres escritores del siglo XVI, que, gracias a sus obras, cobraron gran renombre y estimación—en especial, dos de ellos—dentro y fuera de España: Fray Antonio de Guevara, Antonio de Torquemada y Pedro Mexía.

Pocos autores de aquel tiempo—acaso ninguno—disfrutaron de la popularidad y difusión que el famoso obispo de Mondoñedo. Y, además, con merecida justicia. Porque Guevara, con haber escrito casi todas sus obras en el primer tercio del siglo XVI, cuando la lengua castellana no había alcanzado aún toda la perfección y madurez que tuvo luego, aventajóse por demás a casi todos los prosistas coetáneos, dando a su estilo una soltura, una amenidad, cierto número o cadencia, que hace agradable por extremo su lectura. No niego que mintiese a sus anchas, como Cervantes le achaca; pero quien mucho habla, mucho yerra, y el prolífico fraile no dió paz a la pluma durante los muchos años de su no corta vida. Hay en él un espíritu moderno o europeo

que traspasa las fronteras, y hace lógico el éxito editorial de sus obras fuera de España, habiendo sido traducidas a todas las lenguas cultas de entonces, desde el francés al alemán, y desde el inglés al italiano, con universal aplauso y estimación.

De todas las obras de Guevara, quizá las más amenas y divertidas sean sus *Epístolas familiares*, en que, bajo esta forma literaria, trata asuntos varios, creando en cierto modo el género que modernamente conocemos con el nombre de ensayos (1). Porque Guevara es, sin duda, si no el primero en orden cronológico, uno de nuestros más insignes ensayistas. Los asuntos que escoge rara vez pecan de insípidos o zonzos; todos encierran algún especial interés y novedad para su tiempo: los hay históricos, pedagógicos, jurídicos, puramente caseros, o de varia y entretenida miscelánea; sazónanse a veces con picantes sales; y al cabo de tantos siglos de escritas, léense estas *Cartas familiares* con deleitable gusto. Para las horas tristes y melancólicas son remedio seguro y solaz discreto, por la gran distracción que proporcionan y el sano optimismo que respiran. Guevara conserva el espíritu alegre, benévolo y progresivo. Sin que él lo sospeche, pues el concepto no ha nacido aún en la ideología de su tiempo, cabe decir de él que fué un temperamento francamente progresivo, con todo lo que de honroso y plausible tiene este concepto para el hombre moderno. Creer en la Humanidad, en su adelanto y mejora a través de las edades, es condición sobresaliente que caracteriza a un escritor, y más aún en aquellos tiempos. Tantas maravillas de países ignotos y cosas peregrinas veían sus ojos por vez primera, que era lógico creyesen ingenuamente en que la Humanidad iba camino de un nuevo Paraíso, donde no tuviese acceso el dolor y reinara una fraternidad universal y bienhechora.

En aquel vasto arsenal de temas de sus famosas *Epístolas familiares* no podía faltar, y no faltó, en efecto, una muy extensa, la L de su primera parte, dedicada «Al doctor Melgar, médico», en la cual se toca por muy alto estilo el dafío y el provecho que hacen los médicos, muestra muy típica y valiosa del modo cómo escribía todas las suyas el disertado capellán de Carlos V. La copiosa erudición y constante lectura por el memorioso fraile de la mayoría de los autores de la antigüedad, junto a sus personales observaciones y recuerdos, son las fuentes auténticas o mendaces de este ensayo suyo sobre la Medicina. Guevara procura proceder al escribirlo con un método inacostumbrado en él: va ordenando los puntos de su disertación, como hubiera podido hacer-

(1) La primera edición de las *Epístolas familiares* es de Valladolid, 1539. Modernamente se ha reproducido en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneira, en el volumen I del *Epistolario español*, páginas 1 a 218. La *Epístola* consagrada a los médicos, obra en las páginas 154 a 159.

lo el más escrupuloso escolástico. Por eso, y después de un breve proemio, que le sirve para contarnos con su gracia habitual cómo un doctor Soto le curó, en Burgos, unas fiebres que él llama *erráticas*, aborda el asunto con una breve y concisa historia de la Medicina, que hubiera dado materia sobrada al buen bachiller Pedro de Rúa, si hubiera conocido esta epístola, para motejarle una vez más de embustero, diciendo que Guevara pregonaba historia y vendía fábulas, invertía las edades y trastocaba los tiempos, trasmudando los lugares. Nada, en efecto, se deja en el tintero el intrépido franciscano; y uno tras otro van saliendo los nombres de los que él llamó antiquísimos inventores de la Medicina; los reinos y provincias por donde anduvo desterrada, con otros trabajos que pasó hasta restaurarse de nuevo, por arte del filósofo Eurífices, en el reino más o menos imaginario de Tinacria, erudición, por supuesto y toda ella, de segunda mano, manejada por él sin espíritu crítico alguno y bebida en los autores clásicos y singularmente en Plinio, gran abastecedor suyo para sus libros.

Lo más personal y propio de esta epístola, que la libra de ser un centón más de noticias dudosas y controvertibles, son los dos párrafos con que la remata, en aquel contraste y paralelismo a que tan dados eran los escritores ensayistas de aquellas décadas: el del bien y el del mal, el de la conveniencia y desventaja de la Medicina, llevada a la práctica por obra, ora de los buenos, ora de los malos médicos. Si nos atuviéramos a los epígrafes que encabezan ambas proposiciones, tendríamos que clasificar a Fray Antonio de Guevara en el bando de los enemigos y detractores de la Medicina, porque, según él nos dice, los buenos médicos hacen tan sólo «siete notables provechos»; mientras que los malos los ganan y sobrepujan por «nueve daños muy perniciosos» que cometen con sus clientes. De loar es la Medicina—dice—cuando ella está en manos de un médico docto, grave, prudente, atinado y con experiencia, porque el tal médico, con la ciencia, conocerá la enfermedad; con la cordura buscará la medicina, y con la mucha experiencia sabrá aplicarla. Nada nuevo ni original contiene, ciertamente, esta doctrina; y, persuadido de ello Guevara, para comunicarla alguna novedad y mayor valor, añade sus propias teorías personales sobre el arte de curar, por las que nos dejó coleccionar su propio criterio. En su entender, el médico no debe actuar cerca del enfermo sino en las dolencias agudas y muy peligrosas, aprovechándose entonces más de los remedios simples que crió la Naturaleza que no de los compuestos que inventó Hipócrates; como también es partidario de que en estos casos graves el médico de cabecera llame a otro u otros en consulta, con tal condición—añade—que todos juntos se ocupen en estudiar, y no se les vaya el tiempo en parlerías y disputas. ¡Cuántas veces, en efecto, las presenciaria él mismo en las cámaras de los señores de la Corte postrados en sus riquísimas camas, cuando, próximos a la muerte, requiriesen su religiosa intervención, más segura y necesaria que la de los torpes galenos que les mataban!

Porque Guevara se queja de que en su tiempo hay ya muchos médicos idiotas, atrevidos e inexpertos, que por haber oído un poco de Avicena, o residir en Guadalupe (?), se iban a la Universidad de Mérida (Imaginaría e inventada sin duda para el caso por su pluma zumbona y fecunda), y se graduaban de bachilleres, licenciados y doctores, para merecer luego aquel viejo proverbio que ya recogió Correas en su *Refranero*: «Médicos de Valencia, haldas largas y poca ciencia.» De aquí nacían aquellos nueve daños

muy perniciosos que causaban los malos médicos, y que Guevara enumera, como fruto de sus teorías personales, aprendidas junto a la cabecera de tantos enfermos linajudos como visitaría.

No dejan de encerrar tales advertencias clínicas cierta curiosidad e interés para una historia interna de la Medicina, porque refieren las prácticas más habituales de los físicos de entonces, sus sistemas de curación más corrientes y usados, siendo muy de notar el valor clínico que Guevara concede a que el médico apunte la hora precisa en que comienza el mal, porque en aplicar la droga recetada antes o después le va al paciente—dice—nada menos que la vida.

No se aparta, pues, el famoso capellán de Carlos V al discurrir sobre estos temas médicos de su acostumbrado eclecticismo; quien escribe para muchos ha de cuidar de no desagradar a los más; y Guevara es realmente un escritor profesional, que mira por su crédito, que procura agradar a sus lectores, que no busca polémicas ni aspira a conclusiones dogmáticas: su objetivo principal mira al solaz y pasatiempo de quien tome sus libros; y que la verdad histórica salga con frecuencia maltrecha de su pluma, porque como decía Menéndez y Pelayo, lo que no sabe, lo inventa, y lo que encuentra incompleto lo supe, no le preocupaba cosa mayor, como tampoco importaría a sus innumerables lectores, aquellos que no alcanzó su malhumorado contradictor; el bachiller Pedro de Rúa, quien, con saber más que él, y haberlo demostrado cumplidamente, jamás logró su popularidad y fama. Lo que prueba una vez más que las muchedumbres ignaras han preferido siempre el engaño de la ficción amena a la pura verdad cruda y escueta.

Del segundo de los ensayistas del siglo XVI acotados para este artículo, que trataron desde su profanidad ociosa de la materia médica, Antonio de Torquemada, reuní algunas noticias biográficas y críticas no ha mucho, cosa que me excusa ahora de discurrir largamente sobre él (2). Antonio de Torquemada pertenecía a aquella casta de hombres del Renacimiento, que, aunque faltos de una preparación formal en cualquiera de las Universidades españolas, sentían muy viva la curiosidad y la apetencia por todos los temas humanísticos. Y como el de la Medicina era uno de ellos, desde muy antiguo, Torquemada no lo desdendió, con gran acierto.

Ahora bien: Torquemada era un espíritu para quien todo lo maravilloso y esotérico encerraba una singular fascinación, y hartas pruebas dió de ello en su *Jardín de flores curiosas*, obra que tuvo un éxito editorial extraordinario, henchida toda ella de historias fabulosas, de casos peregrinos de todo orden y en singular, del supersticioso, para lo cual hizo profuso alarde de demonios, brujas y hechiceras. Con estos antecedentes y preferencias contrasta a la verdad la gran cantidad de buen sentido, juicio sereno y visión práctica que encierran aquellas dos disertaciones que dedicó a los boticarios y médicos en uno de sus *Coloquios satíricos*, exponiendo lo que «están obligados a hacer para cumplir sus oficios y las faltas que hay en ellos, para daño de los enfermos con muchos avisos necesarios y provechosos» (3).

Al escribir este *Coloquio*, cumplió Torquemada aca-

(2) En el prólogo que puse a la reimprenta del *Jardín de flores curiosas*, Salamanca, 1570 hecha por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1943.

(3) Los *Coloquios satíricos*, de Antonio de Torquemada, se imprimieron por vez primera en Mondofedo 1553, y modernamente en la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles: Orígenes de la novela*, II, páginas 484 a 581. El *Coloquio sobre los boticarios y médicos* figura en las páginas 499 a 510.

badamente con las normas de la sátira. «La sátira—escribí yo en otro lugar—es un estado vehemente del espíritu, una reacción violenta suya contra una realidad que nos irrita, y que toma cuerpo y forma mediante nuestra pluma en una obra literaria.» Y en Torquemada esta reacción es viva, impulsiva y desenfadada contra las impericias, abusos y torpezas de los malos médicos de entonces. Contra su costumbre literaria, y aquel notorio afán suyo de ostentar copiosa y singular lectura, en cada caso, de los autores pertinentes, apenas si en este *Coloquio* médico cita tres o cuatro, que en su gran curiosidad literaria tendrá hojeados: Hipócrates, Galeno, Rasis y Avicena; en cambio, vase derecho al grano al poner patente la ignorancia, descuido y codicia de muchos médicos de entonces. Torquemada no es un iconoclasta de la Medicina; cree en ella y en su necesidad; pero trina y truena contra aquellos que con tres o cuatro años de estudios en una Universidad poníanse a curar, o mejor dicho, a matar a los enfermos. Pide al médico que posea una viva inteligencia o *estimativa*, ojo clínico que diríamos hoy, ayudado de la ciencia suficiente y de la práctica que se requiere para ponerla en obra. A su juicio, el principal fundamento de la Medicina está en una larga y conocida experiencia, la cual requiere a su vez muy largo tiempo, aduciendo el famoso aforismo de Hipócrates: *Ars longa, vita brevis*. Para ello recomienda a los médicos jóvenes que practiquen primero en compañía de los más viejos y experimentados, pues no se les debía permitir curar por sí solos hasta que hubiesen adquirido esta práctica indispensable. Y como uno de los interlocutores de este *Coloquio* le objetase que cómo se las compondrían entre tanto los médicos jóvenes para vivir, contesta Torquemada por boca de otro: «que coman de sus patrimonios, y si no los tienen, que lo procuren por otra vía; que no ha de ser su ganancia tan a costa y perjuicio de las repúblicas, y peor pestilencia y más crueles verdugos que los boticarios», contra quienes había ya cerrado con severísimo talante y encendida indignación en la primera parte de este *Coloquio*. Con otra curiosa particularidad, que revela un verdadero adelanto para su época, Torquemada declárase muy poco partidario de las purgas y de las sangrías, los universales remedios de la época: en su opinión, no debían aplicarse sino en casos de necesidad, tan grande, «*que vean al ojo la muerte*». ¡Cuántos enfermos se hubieran salvado entonces si todos los médicos hubieran pensado como él! Pero nada tiene de extraordinario que tal ocurriese a la sazón, porque, en opinión de Torquemada, «al día de hoy—dice—hay pocos médicos que verdaderamente lo sean, y muchos que tienen el nombre de médicos no lo son, porque tienen el nombre sólo, sin las obras». Ciencia afectada hinchazón vanidosa, aparato ridículo, poca sinceridad, gran ignorancia, sumisión al vulgo, apetito de ganancia: tales son los vicios y defectos que el autor del *Jardín de flores curiosas* veía en los médicos de su tiempo, y que valientemente, sin empacho ni temor, pone al desnudo en este ensayo suyo. Todo cuanto escribe y denuncia parece un anticipo de lo que dos siglos después escribirá otro gran empírico y profano como él en la ciencia médica universitaria, pero, como él también, debelador incansable de la rutina, el insigne Feijoo. En esto parecen almas gemelas: una misma ansia del bien común las anima interiormente y empuja sus plumas, tan sensatas y valientes, para escribir sus libros.

Muy distinto al de Torquemada era el temperamento y la preparación doctrinal de aquel docto varón a quien sus contemporáneos llamaron «magnífico caballero», el sevillano Pedro Mexía, tipo re-

presentativo del humanista de entonces, y autor de la compilación enciclopédica, que, con excepción de la de Valero Máximo, alcanzó mayor número de ediciones, tanto en su lengua original castellana como en las muchas extranjeras a que fué traducida la *Silva de varia lección*. Mexía, que ya en ella había tocado de pasada algunos temas de Medicina, abordó directamente esta materia en el primero de sus *Diálogos*, sacados a luz en Sevilla en 1547 (4), tal como se podía esperar de él, o sea a través de sus innumerables lecturas, copiosa y clásica erudición. Hombre del Renacimiento, lo es de modo calificado y singular en todos sus escritos, pero en especial en estos *Diálogos*. Sus maestros e inspiradores, a quienes sigue ciegamente, son los autores clásicos de la antigüedad, barajados por él con su peculiar destreza.

Pero lo curioso de este *Diálogo* es la cuestión que en él plantea y desarrolla en forma de contienda o disputa, a saber: «la necesidad o no de la Medicina en el mundo». El tema, ciertamente, no era original suyo, sino que venía arrastrándose desde los tiempos clásicos, pues tanto los filósofos griegos como los romanos habían especulado largamente sobre él, por el capital interés que su elucidación entrañaba para la Humanidad toda.

Si la enfermedad es tan antigua como el hombre, por ingénita e inseparable de él, la Medicina, reacción suya ante el dolor físico y la muerte, contaba también con no menos siglos de existencia. Ante la aparición de la enfermedad, el hombre primitivo no se resigna; aunque ignorante del todo y desconocedor aún de la Naturaleza y de sus secretos, entabla su lucha contra aquélla, con la fuerza del instinto, que le lleva a defender lo más precioso e insustituible que posee, que es la propia vida. Pero desde que comienza esta lucha incruenta contra la enfermedad, se abren dos corrientes o direcciones opuestas y distintas: una, la de que la Medicina no era necesaria, sino que los hombres deberían curarse por su propia experiencia y uso, sin maestros conocidos; y otra, en cambio, que los médicos profesionales y doctos eran necesarios para la conservación de la salud humana. Increíble parece que en pleno siglo XVI se pudiera plantear todavía semejante disyuntiva, cosa que tan sólo se explica por la influencia clásica en Mexía, que le llevaba a resucitar temas y cuestiones que la realidad tenía ya arrumbados hacía muchos siglos. Con todo eso, Mexía exhumaba—aunque sea a título tan sólo contencioso—aquellas viejas teorías que llamaríamos hoy *naturalistas*, porque se basaban en el empleo exclusivo de las solas fuerzas de la Naturaleza, y que hacían baldío el estudio y aplicación de la Medicina docta. Al hombre primitivo bastóle descubrir las virtudes y propiedades que Dios había puesto en las hierbas, piedras, frutos y otras cosas—dice Mexía—y aplicarlas luego a las pasiones, dolores y enfermedades, sin venir a componer artes, reglas y preceptos, como después hizo la malicia y la codicia de los hombres. Y en demostración suya, Pedro Mexía acudirá a las historias antiguas, que más o menos verídicamente referían cómo la Medicina había estado desterrada o desconocida en muchos pueblos, curándose las gentes por sí mismas con cosas simples, virtuosas y experimentadas, y haciéndolo unos y otros más por caridad que por interés. Pero, repito: la tesis planteada por Mexía obedece tan sólo a una necesidad dialéc-

(4) *Coloquios o Diálogos nuevamente compuestos por el magnífico caballero Pedro Mexía...* Sevilla, 1547. La edición más moderna que conozco es de Madrid, 1767. El *Diálogo* dedicado a los médicos encabeza la obra, con el número I, páginas 1 a 59, de esta última edición. No han vuelto a reimprimirse desde entonces, que yo sepa.

tica; no se concibe el diálogo ni éste puede desarrollarse sin la contención o disputa de pareceres contrarios. A Mexía no le era dable desconocer el valor y la autoridad que, con todos sus errores e impericias, la Medicina había adquirido en el curso de los siglos; y así, tras diferentes consideraciones y argumentos de orden polémico, viene a concluir que la Medicina docta y enseñada no sólo era loable, sino de todo punto necesaria. Claro está que en la defensa que cada uno de los disputadores hace de su propia opinión no faltan asertos que hoy calificaríamos de verdaderos desatinos, como, por ejemplo, la condenación que uno de ellos hace de la anatomía de los cuerpos muertos, juzgándola «de poco efecto y fundamento y por cierto género de crueldad», afirmación inexplicable, que la Universidad de Salamanca prácticamente condenaría pocos años después, obligando a cuantos se graduaban de doctores en sus aulas a hacer nada menos que seis *anatomías* o disecciones en cadáveres humanos para alcanzar la boria. Mexía, en figura del *Maestro*, personaje también obligado de todos estos Diálogos polémicos y Coloquios didácticos, después de escuchar las razones y argumentos que mutuamente se propinaban los interlocutores, en sostenimiento y defensa de sus posiciones respectivas, con algún anticipo muy curioso de los fenómenos telepáticos, ya observados por él, acabará dirimiendo la disputa en una armónica conclusión. Ni los partidarios solos de la Naturaleza y de la experiencia, o sean los *empíricos*, ni quienes ponen la ciencia pura por encima de todo, a

quienes llama *racionales*, tienen exclusivamente la razón: el acierto está en la sabia junta y combinación de la experiencia y del arte en todo médico que se precie de tal; aunque era tanta la importancia y valía que concede Mexía a la primera, que «de estas dos faltas en el médico—dice—antes le sufriré falta de letras que de experiencia». «Por ello—añade—, es necesaria, y maestros conocidos, de modo que, aprendiendo las letras que competen y son precisas, y cursando y haciéndose primero experimentados, *«curea y usen la sancta Medicinam»*. No podía por menos de darle tal título y declararlo, cuando él mismo confiesa la copia de los muchos y doctos médicos que en Sevilla la ejercían en su tiempo, algunos de los cuales no dejarían de asistirle a él mismo en las crónicas dolencias que padeció.

A la postre, la teoría de Mexía fué la que prevaleció: la clase médica formada en nuestras Universidades cobró un puesto importantísimo en aquella sociedad, y por ello no la faltaron en años sucesivos zozilos y aristarcos, murmuradores y enemigos. Pero entonces también pudo decirse, en defensa de los galenos de antaño, con todos sus errores e ignorancias, aquel dicho aplicable a los de todos los tiempos, y que en los nuestros mismos cabe repetir, frente a cuantos escépticos o descontentos dudan todavía de la eficacia de la Medicina y ponen en tela de juicio a quienes doctamente la profesan: «De Medicina, como de otras muchas disciplinas humanas, sábese aún muy poco; pero los que indudablemente saben más son los médicos.»